

EL COMPORTAMIENTO EN TIEMPOS DE LA PANDEMIA

ADRIÁN MEDINA LIBERTY

Si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas
te impedirán ver las estrellas.

Rabindranath Tagore

Todas las sociedades desarrollan una suerte de arquitectura de usos, costumbres y rutinas que no solamente certifican su desenvolvimiento, sino que otorga seguridad a sus miembros al ofrecerles un panorama predecible y familiar. La reciente —y desafortunadamente vigente— emergencia sanitaria ha trastocado las formas cotidianas de vida de manera radical y dramática.

El efecto más inmediato de la crisis ha sido —y continúa siendo— el aislamiento social. En las grandes ciudades —donde los contagios han sido más intensos y frecuentes— los centros comerciales se habían convertido en el sustituto del quiosco de los jardines centrales de la mayoría de los pueblos mexicanos, y ahora dichos “paseos dominicales o sabatinos” han quedado vedados, lo que obliga a familias enteras o a parejas a un encierro ineludible.

Otros seres del reino animal, incluyendo nuestros parientes cercanos, es decir, los otros primates, se han ido adaptando al medio de modos distintos, pero carentes de una acción consciente que modifique el entorno de acuerdo con un plan predeterminado. Nosotros, en cambio, hemos transformado el mundo activa y significativamente, presumiblemente para mejorar nuestras formas de vida, pero cualquiera que fuese el caso, implícitamente admitimos que el entorno y su funcionalidad es el resultado de nuestro propio actuar y nos ajustamos a éste favorablemente aunque, eventualmente, pudiéramos inconformarnos e intentáramos modificarlo. Ya sea una adaptación dichosa o un belicoso intento por transformarlo, en el fondo subyace el reconocimiento de una situación que, total o parcialmente, podemos controlar y redireccionar. En otros términos, los humanos requerimos y apelamos por una relativa autonomía que pretende escapar de principios implacables o determinismos naturales. Los animales infrahumanos, en suma, después de cientos miles de años —o incluso

millones— se han desenvuelto en un espacio pasivo con escasos —o nulos— cambios voluntarios; los humanos, por contraste, se insertan en el proceso evolutivo generando numerosos e inesperados caminos. La naturaleza nos impone y determina pero nosotros también la podemos influir y determinar. El surgimiento de la pandemia mundial, sin embargo, nos involucró en una dinámica nueva: la entera fractura de la vida cotidiana. La gripe española o la peste negra son ejemplos infaustos que obligaron a cambios dramáticos en ciudades enteras, aunque nunca alcanzaron una proporción mundial como lo es ahora.

La actual emergencia sanitaria, imprevisible y contundente, nos ha obligado a un punitivo aislamiento que produjo —y aún produce— consecuencias impensadas. Los efectos han sido tanto negativos como positivos aunque, en una primera instancia, han sido destacadamente áspers. La primera afectación a la vida cotidiana provino de la advertencia de “quedarse en casa” junto con el uso del cubrebocas. Ambas medidas se han establecido como obligatorias en algunos países, aunque en México ha sido más una sugerencia que una exigencia oficial. Aun cuando muchas personas han hecho caso omiso del aislamiento en casa, lo cierto es que los cines, los teatros, los restaurantes y bares. Los museos y los comercios no prioritarios permanecieron cerrados por meses.

La sensación general, tanto para quienes permanecen en casa como para quienes, con cualquier motivo, salen a las calles, es de privación. Los que permanecen en casa transigen de un confinamiento voluntario aunque impuesto, los que salen viven un grado mayor de libertad por ser decisión propia el transitar por las calles. En ambos casos, empero, la privación está presente. La ciudad ya no es ciudad, ya no nos ofrece la continuidad y la familiaridad que edifican la vida cotidiana, ahora es un espacio restringido que apenas nos permite cumplir con las actividades indispensables para aprovisionarnos de lo necesario; lo público se torna una extensión de lo privado, donde la interacción con el otro —cualquier otro, en general— se reduce a una “distancia sana” sin intercambios físicos, sin actividades comunes y resguardados con un cubrebocas.

La realidad se ha fracturado de tal modo que el lenguaje la refiere mediante nuevas expresiones como una “nueva normalidad” que, de momento, se avizora irreversible o de duración indeterminada. Esta espinosa situación ha generado algunos efectos perniciosos sobre el comportamiento. Lo primero que hemos experimentado casi todos los que habitamos en países con contagios masivos es la impotencia. No nos reconocemos como causantes de la emergencia sino como víctimas, somos receptores cautivos de la emergencia y no tenemos los medios para modificarla, sólo nos queda esperar que los gobiernos y sus expertos corrijan el rumbo. La impotencia no es estática, conlleva a la frustración y cuando la frustración es continua ocasiona agresión.

Desafortunadamente, los medios testimonian la existencia de esta vieja “fórmula” conductual: *si frustración entonces agresión*; aumento de violencia familiar, nerviosismo por doquier, incremento de la violencia de género e, incluso, agresiones entre quienes usan el cubrebocas contra quienes no lo usan y viceversa, por mencionar los casos más manifiestos.

Los efectos perniciosos no se agotan con la manifestación de violencia, además abundan entre la población la falta del sueño, depresión, sentimientos de angustia y soledad e, incluso, temor a salir a las calles o cualquier lugar público por miedo al contagio. Es desconfianza, dicho con otros términos, a la nueva normalidad. Aun así, la historia humana nos muestra que podemos ser creativos en momentos críticos, la pandemia no nos ha doblegado y, como en muchos otros momentos oscuros, nuestra enorme plasticidad adaptativa nos permite buscar y encontrar soluciones.

La medida más evidente para sentir confort y seguridad es el mantenerse informado mediante fuentes confiables u oficiales. El saber puntualmente los pormenores de la emergencia infunde confianza sobre el qué hacer y sobre cómo desenvolverse. El encierro también puede conducir a momentos imprevistos y enriquecedores. Las familias pueden acercarse más y compartir momentos que antes eran difíciles por las actividades — tan perentorias como las impuestas por la pandemia— laborales y escolares. Los diferentes medios de entretenimiento y el internet también podrían proporcionar placer con sus diferentes opciones como juegos, viajes virtuales, películas y series, entre otras. Por supuesto, el internet es una opción con doble filo y dependerá de los padres y de los criterios de cada quien el saber tomar elecciones inteligentes.

Otra opción infalible son los libros, como lo sentencia Fernando Pessoa: *la literatura existe porque el mundo no basta*. ¿Qué mejor momento que el actual para abreviar en la buena literatura? El mundo se ha restringido pero la literatura nos ofrece una extensión casi infinita de mundos posibles. Abrir un libro es colocarse en el umbral de universos fascinantes. Quien guste de la novela de largo aliento podrá sumergirse en las profundidades de *Guerra y paz* o *Ana Karenina*, de Tolstoi, o vivir vicariamente las vicisitudes de la familia Karamazov, o los tormentos mentales de Raskolnikov en las obras de Dostoievski; el lector más joven podría viajar al centro de la tierra o visitar el fondo de los océanos de la mano de Verne; podría viajar en el tiempo o volverse invisible con H. G. Wells o transitar las neblinosas calles del Londres victoriano en compañía del Sherlock Holmes de Conan Doyle. Por supuesto, sólo mencioné algunos ejemplos de una lista que afortunadamente es vasta y rica.

Hemos estado coartados de nuestra habitual libertad por meses, pero siempre es posible pensar en eventuales beneficios. Estoy confiado en que nuestros nuevos hábitos de higiene, por ejemplo, llegaron para quedar-

se; aun cuando el tiempo relajará nuestras medidas sanitarias, indudablemente trataremos de mantenernos más atentos.

Sin duda, el quebranto de la cotidianidad es como perder el sol aunque, como lo propone Tagore, siempre es deseable saber buscar las estrellas.